

EL ABORTO CLANDESTINO

GRUPO DE PLANIFICACION FAMILIAR

● **M.^a Carmen R.**, diecisiete años. Estudiante y trabajadora. El médico no le quiso recetar la píldora. Tuvo que abortar.

● **Juanita G.**, veinticinco años. Estudiante. Reprimida toda su vida. El chico la engañó diciéndole que usaba preservativo. Se vio obligada a abortar.

● **Pepa M.**, veintitrés años. Enfermera. Casada. Informada. No quería tener un hijo. Acababa de estar enferma. También tuvo que recurrir al aborto clandestino.

● **Isabel F.**, veinte años. Estudiante. No tiene acceso a la píldora. El que le hace el aborto la engaña. El embarazo continúa su curso. El niño morirá a las pocas horas de nacer.

● **Cristina P.**, veintidós años. Trabajadora en paro. Su situación económica y la de su novio no les permitían tener un hijo. Falló el Ogino y tuvo que abortar.

Estos son algunos de los 300.000 abortos clandestinos que se calcula —según el informe del fiscal del Tribunal Supremo— hay en nuestro país anualmente.

M.^a CARMEN R.—Mi novio se iba a ir a la "mil", y yo le pedí la píldora al médico —del Seguro—. Me dijo que ni hablar. Estábamos muy reprimidos. Fue un caso de no saber. Nos salió mal, era la primera vez, teníamos miedo... Pensamos que él se bajara en marcha, pero no supo hacerlo a tiempo y me quedé embarazada. Yo no podía tener ese hijo. Mi madre me hubiera matado. Además, un hijo hay que tenerlo queriendo y, ¿qué hago yo con un niño? No tenía ni idea de lo que era un aborto... Pasé mucha angustia hasta que conseguí enterarme de que me lo podían hacer en Madrid, porque no tengo pasaporte para ir a Londres. Mis amigos se portaron muy bien y conseguimos recaudar las veinticinco mil pesetas que me costaba aquello. Una amiga me acompañó. Fue bastante salvaje, la verdad. El tío aquél decía que era médico, pero no ginecólogo. Me trataba con mucho desprecio y brusquedad, casi como si fuera yo no sé qué... Claro, me tuve que aguantar, pero me quemaba la sangre por dentro. Mientras me hacía el aborto se fumaba tranquilamente una pipa y me decía que no chillase tanto. Fue a lo vivo, porque así no hay complicaciones. Después me dijo las cosas que me podían pasar y lo que tenía que hacer en cada caso. No me mandó ningún antibiótico ni medicamento alguno. Sólo un laxante y unas inyecciones —antes del aborto— para evitar hemorragias. En un par de ocasiones, días después le llamé para contarle. No me ha vuelto a reconocer. Ahora tomaré la píldora, pero no sé cómo voy a arreglármelas para conseguirla y hacerme las revisiones...

JUANITA G.—Aquel verano estaba como loca. Por fin, a mis

lo. A lo mejor un día tengo un hijo, pero no así. Me trasladé a Madrid y creo que tuve mucha suerte. Ingresé —con nombre supuesto y como casada— en una clínica de verdad, y previo pago de cincuenta mil pesetas, uno que decía ser ginecólogo me hizo el aborto. Estuve bien atendida. Lo malo fue después. El médico me dijo que tenía que volver a la semana siguiente para cauterizarme no sé qué... Cada nueva consul-

quería tener un hijo y tampoco me convenía —físicamente— en aquel momento. Me vine a Madrid con veinte mil pesetas —es lo que me costó abortar—. Una amiga me llevó a ver a uno que lo hacía, y según llegué me intervino. Sin guantes, sin bata, sin reconocimiento previo, sin nada de nada... Me podía haber cogido todas las infecciones. Por supuesto, nada de anestesia. Volví corriendo a mi casa. Todo ocurrió en un fin de semana. Yo no podía faltar al trabajo. Tomé antibióticos por mi cuenta y me hice revisar por un médico un tiempo después. ¿Qué pasará con las chavalas que no saben de estas cosas?

ISABEL F.—Cada vez que recuerdo aquello me pongo mala. Fue como una pesadilla. En este país, a los veinte años yo no tenía



Treientos mil abortos clandestinos se calcula que hay anualmente en España.

veinticinco años iba a poder hacer lo que me diera la gana. Iba a poder salir de casa, conocer gente, países, tener experiencias... Estuve primero en París. Conocí a un grupo de estudiantes. Vivían en el Quartier Latin. Descubrí lo que podía ser la comunicación entre las personas, aun conociéndolas poquísimo. Pierre era un tío bárbaro. Aprendí aquel verano a hacer el amor. Nunca me había atrevido. Yo entonces no sabía de píldoras ni de nada. Pierre me aseguró que llevaba preservativo. Volví a España contenta. Me sentía más persona, más yo. Había hecho mi vida, me había relacionado. No quedé en nada con Pierre. Había sido un compañero más y ni siquiera conocía su dirección. El caso es que la regla no me venía y, un mes más tarde me di cuenta de que al francés se le debía haber "olvidado" el preservativo. Me sentí muy mal. Engañada. Manipulada. Tenía que deshacerme del niño. No podía tener-

ta eran mil pesetas. Varias semanas después me dijeron que me estaba tomando el pelo y no volví más.

PEPA M.—El año mil novecientos setenta y cinco fue muy duro para mí. Trabajo como enfermera en un hospital de Barcelona y estoy casada. Soy feminista y durante ese año trabajé mucho para sacar adelante nuestro movimiento. Reuniones. Discusiones. Trabajo. Siempre he estado "metida en líos". Me parece injusta esta sociedad. Las mujeres somos casi como una collita. Profesionalmente tengo muchos problemas. Los médicos te hacen trabajar como a una mula, pero no tienes derecho a sugerir, a tomar decisiones por tu cuenta. A finales de año caí enferma. Estuve mal y muy deprimida. Me prohibieron tomar la píldora. No es fácil conseguir un dispositivo intrauterino. Empecé a hacer gestiones... Hasta que me di cuenta de que estaba embarazada. No tenía pasaporte y no podía irme a Londres, pero yo no

ni idea de un montón de cosas elementales. Quería mucho a mi novio, estudiábamos juntos. Yo tenía muchas ganas de acostarme con él y él también. No había forma de conseguir la píldora y decidimos "tener cuidado". Pero no supimos hacerlo. El caso es que me quedé embarazada. Lo pensamos bien Guillermo y yo y nos dimos cuenta de que sería una barbaridad tener un crío. Por él y por nosotros. Así que nos fuimos a Madrid dispuesta a abortar. Aquí empezó la angustia. Primero, muchas mentiras en casa para justificar el viaje. Llamadas a la capital para ir a tiro hecho. Por fin, en un barrio extremo, un practicante —eso dijo que era— me tumbó en su propia cama y me hizo el legrado; quince mil pesetas. Me hizo volver a los dos días —creí que era para reconocermey me dijo que no había quedado bien y que tenía que volver a intervenir. Otras quince mil pesetas. A la semana siguiente tuve que volver y me dijo que en la cama se hacía muy mal. Me echó

entonces en una mesa camilla. Me cobró otras cinco mil pesetas y me intervino por tercera vez. Ya está. Tranquila, volví a mi casa. Pero la regla no aparecía. Pasó el tiempo. Cada vez estaba más asustada. Volví a Madrid. Más mentiras, más dinero que nos dan los amigos. Estaba ya de cinco meses. Imposible abortar, ni siquiera en Londres. Tengo que tener el crío. ¡Qué angustia! ¿Y si es anormal? ¿Qué me habría hecho aquel bestia de practicante? ¿Y mis padres? Fueron unos meses horribles. Mis padres no entendían nada. ¡Mala hija, desvergonzada! Lo que nació era un ser extraño. No un niño. Murió a las pocas horas.

CRISTINA P.—Cuando me aseguré de que estaba embarazada, empecé a buscar a alguien que me hiciera abortar. Me ha costado mucho superar aquello. Me sentía muy culpable y creo que hasta que no tenga un hijo no me quedaré tranquila.

Los tres primeros dilatadores —me pusieron nueve— fueron como hierros candentes; el resto lo soporté mejor, porque, según parece, el dolor te insensibiliza. Sudé. Se me escapaban las lágrimas, aunque en ese momento no quería llorar —luego, al acabar, sí lloré—. Más tarde me empezaron a raspar; se dieron cuenta de que habla dos niños. En total duró todo tres cuartos de hora. Luego perdí bastante sangre y estuve allí hasta que se me pasó el dolor; la hemorragia también se paró. El médico me dio instrucciones por si había más hemorragias y me mandó unas gotas para evitarla; también antibióticos. Creo que era un hombre serio y se daba cuenta de mi problema. Me dio su teléfono por si le necesitaba. Veinte días más tarde me tuvo que hacer otro legrado porque continuaba sangrando y con fiebre. Hubo momentos de mucha tensión con el médico. Mi novio se enfadó con él y yo estaba muy asustada. ¿qué pasaría si aquel hombre se negaba a atenderme? Me ayudó mucho la enfermera. Estaba trabajando en aquello porque quedó embarazada de una violación y el médico le había hecho el aborto. Apenas sacaba un diez por ciento de lo que pagábamos nosotros —treinta mil pesetas—. Debido a que no podía dormir y a la tensión nerviosa tuve que ir a una consulta psiquiátrica, que me ayudó bastante. Mis amigos me fallaron, aunque no les dije como seguro que estaba embarazada. Me dijeron que para cosas raras no contara con ellos. Desde luego, no volvería a abortar nunca más. Ahora tomo la píldora.

• • •

En este país no son raras estas historias. Hay muchas más. Todas son por el estilo: falta de información y represión sexual por un lado, frente a un constante es-



Algunas mujeres, que pueden permitirse, van a abortar fuera de España, y según las estadísticas son cada día más jóvenes.

tímulo erótico de la sociedad. Hay una hipocresía tremenda en la católica España. Se niega la realidad. Es una de las características de la oficialidad. Pasa en todos los terrenos. España es uno de los países con más abortos clandestinos, según las cifras que se pueden no ya conocer —es imposible saberlo—, pero sí al menos sospechar. Según "Tribuna Médica" —Deleyto, diciembre 1972— hay al año unos 114.000 abortos clandestinos, lo que supone alrededor del 18 por 100 de los nacidos vivos. Según el informe del fiscal del Tribunal Supremo, la cifra llega a los 300.000. En cualquier caso, los números son escalofriantes. El 60 por 100 de las mujeres que van a abortar a Londres son españolas, cada año más jóvenes.

En nuestro país está penado no sólo el aborto, sino el uso de anticonceptivos. Según el vigente artículo 416 del Código Penal, "Serán castigados con arresto mayor y multa de 5.000 a 100.000 pesetas los que, con relación a medicamentos, sustancias, objetos, instrumentos, aparatos, medios o procedimientos capaces de provocar o facilitar el aborto o de evitar la procreación, realicen cualquiera de los actos siguientes:

1.º Los que en posesión de título facultativo o sanitario meramente los indicaren, así como los que, sin dicho título, hicieran la misma indicación con ánimo de lucro.

2.º El fabricante o negociante que los vendiere a personas no pertenecientes al cuerpo médico o a comerciantes no autorizados para su venta.

3.º El que los ofreciere en venta, vendiere, expendiere, suministrare o anunciare en cualquier forma.

4.º La divulgación en cualquier forma que se realizare de los destinados a evitar la procreación. Así como su exposición pública y ofrecimiento en venta.

5.º Cualquier género de propaganda anticonceptiva".

En España se calcula que entre 300.000 y un millón de mujeres toman la píldora (Salustiano del Campo, "Pol. Demográfica de la familia y la natalidad", Sistema número 4, enero 1974, pág. 67), lo que supone el 12,2 de las que tienen entre quince y cuarenta y nueve años; teóricamente, porque tienen problemas físicos, no para controlar la natalidad.

Es una situación absurda. Es falso. Las españolas controlan la natalidad y abortan. Pero lo hacen con graves riesgos. Ya hemos visto algunos casos, y hay muchos más. Algunas son cogidas a tiempo cuando se provocan a sí mismas el aborto y salvan la vida, otras ingresan demasiado tarde en el hospital y mueren. Cualquier ginecólogo puede contar casos concretos que no se denuncian por un elemental sentido de humani-

dad. En el campo son una institución las aborteras que van de pueblo en pueblo provocando abortos en las eras. Se desconocen las cifras. Se tapan. No se habla del asunto. Porque las mujeres tienen miedo, porque no saben, porque se sienten culpables.

Sería demasiado largo analizar aquí detalladamente cómo se ha introducido en nuestra sociedad y cómo se transmite especialmente a las mujeres una ideología natalista, basada en criterios pseudo científicos y principalmente de tipo católico. Una ideología según la cual la maternidad responsable consiste en aceptar los hijos que Dios envía; el irracionalismo es la norma para plantearse la vida familiar. La moral conservadora que se refleja en nuestras propias normas legislativas está de hecho superada por la realidad. Esto es lo que pretendemos plantear de una vez para siempre: las mujeres, en este terreno como en muchos otros, estamos pagando un alto precio en el proceso de modernización que se está dando en nuestro país. Dicho proceso conlleva, entre otras muchas cosas, la necesidad del control de la natalidad, la exigencia de que las mujeres nos incorporem definitivamente a las tareas sociales. Pero sin una información suficiente y sin un control médico adecuado ocurre lo que hemos constatado en este trabajo: peligros físicos, desequilibrios psíquicos, sentimientos de culpa, etcétera. Ya es hora de terminar con esta hipocresía social. El aborto constituye una tremenda violencia para la mujer, que debe evitarse a toda costa. Existen muchos métodos anticonceptivos eficaces para no tener que llegar a situaciones extremas. La sociedad española necesita información clara y objetiva sobre ellos, necesita que se legalicen y que, por tanto, puedan ser utilizados según los criterios de cada cual de acuerdo con el médico. Es preciso que en cada barrio, en cada pueblo, en cada zona habitada se monten los llamados en toda Europa "Centros de planificación familiar", en donde todo el mundo tenga acceso a todo tipo de información sobre la vida sexual, métodos anticonceptivos existentes, investigación sobre nuevos posibles, control médico periódico, etcétera. La Seguridad Social tiene capacidad suficiente para montar estos servicios en cuya dirección tienen que estar presentes las mujeres. Y deban estarlo porque, en último término, se trata de su cuerpo, de sus intereses. Un embarazo no deseado la perjudica directamente a ella, un anticonceptivo peligroso también. El nacimiento de un hijo es una decisión que le atañe fundamentalmente a ella y, por tanto, son las mujeres las que deben controlar estos centros para que realmente vayan en su propio beneficio y no en el de la "mejor productividad de la comunidad" (léase minoría dominante). ■